

Socorro Venegas

*Ceniza  
roja*

Ilustrado por Gabriel Pacheco





Si miramos atentamente un muerto, sucede un fenómeno curioso: la ausencia de vida en un cuerpo equivale a la ausencia total del cuerpo o más bien a su huida ininterrumpida. Aunque nos acerquemos, creemos que no lo tocaremos nunca.

Jean GENET,  
*Cuatro horas en Chatila*

Sangre, ese eufemismo para lo que se mueve en nuestro interior.

Anne MICHAELS,  
*El peso de las naranjas & Miner's Pond*

Una vez dijo amor.  
Se poblaron sus labios de ceniza.

Luis GARCÍA MONTERO,  
«Las razones del viajero»



A quienes se les han dilatado las pupilas con la pérdida. La luz volverá.



## 22 DE AGOSTO

Tres meses. La pluma en mi mano, la tinta en la pluma, el rasgueo sobre el papel.

Cada palabra nombra el vértigo.

Han pasado tres meses.

Para celebrar mi cumpleaños, Kenia y Fernando me llevaron a cenar.

No sé si sepas, si puedas saber. Ellos dos eran un espejo, y ahora veo lo que tú y yo no somos más, lo que no tenemos, lo que no amaremos.

Al mismo tiempo, me contemplo a tu lado. Un nosotros que en algún lugar cristalizado, seco, sin savia, será para siempre.







AGOSTO...

No hay palabras.  
Acercar el fuego a los ojos.  
Gritar.

14 DE SEPTIEMBRE

Mi tercera persona y el pretérito.

¿Vivir?

Cerró las tapas rojas del cuaderno despacio, ausente. Unos meses después de que él muriera empezó un diario, agotada y con una ceguera que la hacía desvariar. Esas letras. Hubiera sido necesario quemarlas, que ardieran vivas, brujas perversas: para todo había un nombre, un tiempo, una conjugación. Y sin embargo, la llama que se ha apagado, ¿por qué parece inexpresable? Tantas maneras de decir nunca más, pero la ausencia queda intacta.

Hace falta un momento de claridad para ver qué tan cerca se ha estado de la orilla. A punto de abismarse con el amado.

No hay muerte apacible. Su voluntad, su acostumbrada brutalidad.

Él olía a leche dulce y a hogar. Se derrumbó, y nada de cuanto ella hizo logró retenerlo. Le abrió la boca y sopló con todo su terror, le dio su aliento. No sirvió. Lo vio irse. Un dedo supremo, inamovible sobre su cuerpo inmóvil.

Cómo puede ser la muerte esta nueva presencia. Él es el movimiento de las hojas en los árboles, la luz donde reverbera el polvo

y la estaca clavada en el pecho que no mata: contiene en un lugar que no es la vida.

Lo sostuvo en su regazo aun cuando había partido para nacer en otro lugar, expulsado no de la existencia, sino de su propio vientre. Qué difícil era decírselo a alguien, comenzando por ella misma. No tenía creencias sobre un más allá o la transmigración de las almas, pero en cada nervio y vértebra sintió que se abría un canal, que sus entrañas se hendían. Como si lo hubiera parido para otra mujer, en un mundo invisible.

La gente venía a consolarla. En tu lugar yo me habría muerto ahí mismo, decían. Era un reproche. En el lugar de los otros quizá diría lo mismo. No cayó con él. Se quedó a su lado hasta que vinieron los paramédicos, el ministerio público, los parientes. Se quedó a velarlo, a llorar, a odiar, a resentir. Se quedó como aquel dedo, infinita e inmóvil.

Un día se levantó a escribir.

Aunque eso no se parecía a escribir.

29 DE SEPTIEMBRE

Al saber que voy a dejar esta casa donde me han acogido como a una huérfana para irme a vivir sola, dos personas me han comparado con un perro.